

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)
Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 13 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesetas.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

No podía ménos de suceder así.

Los diarios católicos tienen muchísima razón: Dios ha protegido siempre las armas francesas, en tanto en cuanto las armas francesas protegían á Dios, quiero decir, á su representante en la tierra, ó llámese soberano Pontífice, que ambos nombres se le dan, y muchos otros, pues no parece sino que han pretendido cubrir lo insignificante de la cosa con la aglomeración de títulos, y perdóneme Dios este mal pensamiento. Pues como digo de la divina Providencia, ella, que por lo visto nada hace de balde, protegía y libraba de todo mal á los ejércitos imperiales, por aquello de «hoy por tí y mañana por mí;» pero Napoleón III tuvo la diabólica idea de abandonar al Papa; éste por su parte disparó contra el imperio el más eficaz de sus exorcismos, y Dios cortó del todo sus relaciones amistosas con Bonaparte, relaciones que iban ya enfriándose mucho en estos años últimos.

Desde ese momento ya no hay para el ejército momento de tranquilidad; derrotado aquí, vencido allí, castigado acá, disperso acullá, retrocede en pocas horas lo que adelantó en muchos días, y deja en poder del enemigo millares de hombres, muchos cañones y hasta ejemplares de las célebres ametralladoras: bien dicen luego que Dios castiga sin palo ni piedra, y por esta vez ha elegido por instrumento de su providencial castigo á los prusianos, que aun siendo unos desalmados, antipapistas y todo, tan buenos son para instrumentos del divino castigo como una epidemia ó una plaga de langosta.

Quiero, sin embargo, prescindir por ahora de la visible intervencion de la divinidad en este asunto puramente mundano para compadecer cordialmente á los soldados del hombre funesto, cuyo imperio termina entre rios de sangre francesa inútilmente deramada: digna terminacion de un odioso poder que entre sangre francesa habia nacido.

Si no fuera crueldad excesiva burlarse de la desgracia, por merecida que esta desgracia parezca; si fuese dable á todos añadir afliccion al afligido, ¡qué manantial tan inagotable de ocurrencias graciosas podría encontrarse en los diarios franceses y aun en sucesos que precedieron á la guerra!

¿La Liberté continuará publicando sus correspondencias bajo el epígrafe jactancioso De París á Berlín? ¿Cuándo comienza Girardin la publicacion del periódico La Victoria? ¿Qué se hará de aquellos cuatrocientos himnos para celebrar la victoria? ¿Continuarán las señoras francesas usando el sombrero Saarbruck, inventado dos horas despues de una escaramuza insignificante? ¿Continuará Bonaparte en su propósito de firmar la paz en Kónisberg?

¿Cree todavía algun diario francés que pasado el Rhin es solo; asunto de hacer retroceder á culatazos al ejército enemigo hasta la capital de Prusia?

¡A cuántos comentarios, á cuántos juegos de palabra no se prestarían las alharacas de un pueblo vo-

cinglero comparadas con el triste resultado de la campaña! ¡Cómo explotarian los caricaturistas franceses un suceso de esta naturaleza si á otros que á ellos hubiera sucedido!

Ni puedo ni quiero sacar partido de la desgracia.

Sé que la historia no recuerda un acontecimiento de esta índole; sé que esa humillacion repentina del imperio que parecia poderoso, será provechosa leccion á las futuras generaciones; sé, por último, que el imperio ha muerto. Paz á los difuntos.

Quando el imperio muere, cuando sobre sus ruinas se levanta con preponderancia amenazadora una monarquía de derecho divino, vive todavía entre nosotros la candidez del partido progresista.

Hable Vd. á esos santos varones (muchachos del año treinta) de luchas de razas, de predominio de tales ideas ó de cuales otras, de la significacion que para el porvenir de Europa puede tener el triunfo definitivo de Prusia; ellos solo alcanzan á comprender—y lo confiesan los benditos!—que si los franceses vencen, ya tenemos rey á Leopoldo Hohenzollern.

No, y ellos no discurren mal: eso es otra cosa. Porque, señor, es claro; si la guerra (dicen ellos) principió por oponerse Napoleon el nombramiento de ese rey, ahora que Napoleon está vencido, ya no hay dificultad en nombrarle; y es mucha verdad.

Nosotros no conocemos á Hohenzollern; sabemos de él que pertenece á una estirpe régia, á una de esas castas elevadas sobre lo comun del género humano y es uno de esos hombres que nacen para amos de los otros.

Sabemos tambien que es un aventurero, que aceptaba la corona de España para explotar su posicion y hacerse una fortunilla; sabemos además que es algo de aquel famoso Murat, de imperecedera memoria entre nosotros; sabemos que nuestro pueblo miraría con desconfianza y sin cariño á un rey desconocido del todo y que ni aun hablaba nuestro idioma.

Véase si el candidato reúne en sí condiciones ventajosas; pero á estas hay que agregar otras de circunstancias que no son ménos atendibles.

La eleccion de Hohenzollern seria, despues de las victorias de Prusia, una débil muestra de la admiracion y del profundo respeto que el rey Guillermo nos inspiraba. Habria en nosotros algo de aquella abnegacion, de aquella grandeza de alma características en el gran monarca Fernando VII, que nos dió el ejemplo de besar humildemente y postrado en tierra las espuelas del primer Napoleon: ejemplo digno de ser imitado por los hijos de sus súbditos.

Y yo siento que la comision permanente haya determinado que las Córtes no se reúnan, porque debería procederse inmediatamente á ese nombramiento.

Es verdad que aun cuando el acuerdo ha sido que no deben reunirse, no falta quien diga que si se convocarán al cabo, si no para elegir al asendereado

candidato de los unionistas, con el fin de tomar alguna determinacion, que, en efecto, empieza á ser necesaria.

Alguno de nuestros revolucionarios pretenderá que nosotros debiamos en las presentes circunstancias tener un rasgo de energía y proclamar resueltamente la república, proclamacion que seria tal vez un golpe decisivo en la crisis por que atraviesa la Europa. Pero ¡ay! que esto es irrealizable: ¡república! ¡república! y entre nosotros, cuando solo la palabra sirve á las nodrizas para asustar á los muchachos. Nada, nada, bien se está San Pedro en Roma (hasta cierto punto), y vale más no buscar tres piés al gato.

No, señores monárquicos, no empeéis á ser calaveras: ¡república! Vaya que me gusta la especie. ¿Y quién habla de república entre nosotros sin sentir que sus cabellos se erizan y se crispan sus nervios?

Monarquía ya es distinto: los monarcas son tan indispensables á los pueblos como es necesario el rocío á las flores: allí tenemos como prueba la guerra entre Prusia y Francia.

¿Sin los reyes, qué serian esos dos pueblos?

Quién sabe: probablemente perderian su tiempo y sus fuerzas en comerciar uno con otro, ocupacion vil é indigna de gentes bien nacidas, como así lo rezan los códigos todos de la antigua nobleza; máquinas industriales ocuparían á muchos individuos, que pasarían su vida sin recoger ni una sola hoja de glorioso laurel; instrumentos de labranza llenarían los hoy yermos campos que ocupan las ametralladoras; al sublime aspecto de las fortificaciones inaccesibles habria sustituido la prosaica vista de un sembrado... eso no podría sufrirse: afortunadamente estaban allí dos monarcas, y gracias á ellos el cuadro tiene colorido: se incendian los bosques ¡hermoso espectáculo! y muerden el polvo millares de hombres... y nada, es indispensable que cuanto antes nos traigan á nuestro rey: así no podemos continuar.

Y, si por acaso, alguno hubiera concebido ¡horror! el pensamiento insano de que podría transigirse con la república, ¡ay! que procure desecharlo luego, y sin detenerse purifique su alma, que impura debe de estar la de quien á tan absurda idea dió cabida.

A. Sanchez Perez.

EL PRIMER TELÉGRAMA.

¡Con que el principe imperial cogió una bala! Ya me parece estar leyendo en lo porvenir, cuando se publique el correspondiente pliego de aléluyas del principe, una de las primeras, que dirá:

Niño á la guerra partió y una bala recogió.

En la cual aléluya estará representado el principe casi en medio de los batallones prusianos, en cucullas y cogiendo con sus tiernos dedos una cosa con o una naranja.

El primer telégrama del emperador Napoleon me ha convencido de que los padres de familia no servimos para emperadores en guerra.

El combate de Saarbruck costó la vida á un oficial y causó heridas á diez soldados franceses, segun

dice Buonaparte, ó á sesenta y tantos, segun dicen los telégramas de Prusia.

Demos de barato que los heridos solo fueron diez.

Cualquiera persona, no emperadora, que hubiese tenido que dar noticias de la accion, se me figura á mí que habria empezado diciendo: «Nos hemos apoderado de las alturas de Saarbruck, teniendo que lamentar la muerte de un oficial y la desgracia de diez soldados heridos.»

Pero el emperador comienza diciendo:

«Luis ha recibido el bautismo de fuego. Durante el combate estaba sereno y tranquilo cual si paseara por el bosque de Bolonia.»

No es bueno que los chicos se amedrenten á la voz de ¡el coco! pero, francamente, no me agradaria un chiquillo que, viendo por primera vez cómo tiran á matarse centenares de hombres, permaneciera sereno y tranquilo.

Pues si en una edad tan tierna no le conmueve el espectáculo de gran número de pobres soldados en peligro continuo de la vida, si ni siquiera le conturba el natural temor de que una bala irreverente ose alojarse en el augusto cuerpo de su papá, ¿qué será ese chico en llegando á hombre? ¿Qué espectáculo, por doloroso que sea, podrá excitar en él los sentimientos de piedad?

Dice el emperador que él y su hijo estaban en primera línea y que las balas caian á sus piés, pero esto tan literalmente, que añade: «Luis recogió una que cayó junto á él.»

Yo no abrigaba la menor duda de que en la primera accion le sucederia algo extraordinario al emperador ó á su hijo.

Aquello de la charretera que una bala se le llevó al padre en la guerra de Italia, fué una gacetilla de tan buen efecto como la de los caracoles simpáticos, y comprendo que procurase explotarse otra análoga en la presente guerra; pero, francamente, no creia que ya en el primer telégrama se declarase al príncipe sereno, tranquilo y hasta valiente.

Porque dice el emperador en su telégrama: «Los soldados, al verle tan valiente, estaban llenos de admiracion.»

¡Cuidado con ser el niño tan valiente, no solo para permanecer sereno y tranquilo en la batalla, sino para llenar de admiracion á unos soldados que no creen tener rival en materia de valentia!

Y hé aquí lo que son las cosas.

Hasta ahora creyeron los veteranos franceses que donde estaban ellos solo su valor era cosa admirable, y de pronto les sale al encuentro un muchacho y les deja con un palmo de boca abierta al estrenarse.

Y no solo les deja con el susodicho palmo de boca abierta, sino que, segun dice el parte, «algunos soldados derramaron lágrimas de entusiasmo.»

No sé el efecto que me produciria ver á soldados disparando contra el enemigo y llorando al propio tiempo con la cara vuelta hácia un niño valiente, que en vez de ayudarles se entretiene en coger balas; pero me gustaria ver ese asunto bien desempeñado por un pintor que cobrase sueldo de la casa imperial.

Después de referir la crónica bélico-pueril del príncipe, dice en línea y media el emperador lo relativo al descalabro de sus soldados, y allí acaba el telégrama.

Yo acabo también, no llorando de entusiasmo por haber visto referir tan menudamente lo del príncipe imperial, que parece haber sido lo de mayor importancia que sucedió en Saarbruck, sino presintiendo un eclipse total para la fama de los valientes; pues como el chico no reciba un escarmiento de aquellos que suelen corregir de una vez á los matones, ¿á dónde diablos va á parar Europa el día en que el príncipe se amosque?

¡Vaya Vd. á adivinar!...

Roberto Robert.

FISONOMÍA DE MADRID.

DIALOGOS DE ACTUALIDAD.

I.

En la Puerta del Sol.

—Eh, amigo, ¿á dónde tan de prisa?

—Calle Vd., hombre, acabo de recibir una noticia que me ha trastornado.

—¿Una noticia? A ver, á ver; ¿qué ocurre? ¿Han entrado ya los prusianos en Paris?

—No, hombre, no; es que mañana llega mi suegra, que estaba tomando baños.

—¡Diablo, pues eso es grave!

—Calcule Vd. qué caso haré yo de los prusianos ni de los rusos.

—¿Qué hablaban Vds. de los rusos? y dispensen ustedes la pregunta; en momentos como estos todo está permitido. Decian Vds. que los rusos...

—Nosotros no hablábamos de rusos.

—Perdone Vd., pero yo he oido la palabra rusos.

—Pues yo digo á Vd. que nada de rusos hablamos, y á Vd. no le importa nuestra conversacion.

—No hay necesidad de faltar á las reglas de la buena crianza para eso; además, sostengo que al pasar he oido hablar de rusos, y como se decia si se habian aliado por último á la Prusia...

—Pues mire Vd., y Vd. dispense que ataje su palabra honrada, mire Vd., á mí lo que me tiene inquieto es no haber recibido parte de Paris.

—No se ha recibido.

—Hace veinticuatro horas nada se sabe.

—Eso es grave.

—Muy grave.

—Gravísimo.

—El Cuerpo legislativo estará reunido desde esta mañana.

—Se reunió ayer.

—No se reunió hasta el juéves.

—Repito á Vd....

—Vd. no sabe...

—Ménos sabe Vd.

—Calma, señores, calma. Ayer, ó mañana, lo mismo da. La Cámara ha de reunirse, y una vez reunida...

—Promulgará la república.

—No debe.

—No puede.

—Debe y puede, y aun sin poder debería instalarla.

—El patriotismo aconseja combatir al enemigo...

—El patriotismo bien entendido nunca sirve de pedestal á tiranuelos ridículos de sainete, cuyas payasadas cuestan tanta sangre.

—Pues yo aseguro á Vd. que se dará un voto de confianza al gobierno.

—Sí, por lo bien que está haciéndolo: yo aseguro que la república...

—Eso es absurdo.

—Lo otro estúpido.

—Me falta Vd., caballero.

—Como Vd. guste.

—Señores, calma; ya sabremos mañana quién tiene razón.

II.

En el café de Fornos.

—Anda, perezoso: aquí no puedo estar.

—Pero ¿á dónde vas?

—Al Retiro, á los Campos, á Price, á cualquier parte; á oír música y respirar con desahogo.

—Vamos allá; pero al Retiro.

—Como gustes.

—¡Oh, el Retiro! Es delicioso aquello. Supongo que hoy será concierto, ¿eh? A las otras funciones solo puede ir cierta clase de gentes; pero los conciertos, ¡oh, los conciertos! Yo deliro por la buena música, y como Arban...

—Pues mira tú lo que hace no entenderlo; á mí no me parece que Mr. Arban tiene el mejor gusto para la eleccion de piezas.

—¡Oh! Exquisito, chico, exquisito.

—Unos walses, una sinfonía, algunas variaciones de cornetín y cuatro fantasías, eso es todo. Además, yo digo que no lo entiendo; pero ese modo de blandir la batuta como sable en duelo no me agrada, ni puedo ver con calma que existiendo fantasías bellísimas sobre motivos de Rossini, de Mozart y de Meyerbeer, debidas á nuestros inspirados Emilio Arrieta, Paco Barbieri y otros músicos españoles, nos hagan oír algunas en mi concepto ménos buenas, en las cuales parece que se ha procurado únicamente juntar varios pedazos de *Traviata*, *Un ballo in maschera*, etc.

—Pero la orquesta, bien dirigida... lo está.

—Ya lo creo; orquestas como la del Retiro pueden dirigirse fácilmente: ellas solas se dirigirian.

—Bien, no quiero discutir, me cansan las discusiones. Pero no puedes negarme que acuden allí niñas encantadoras y elegantes; que está aquello iluminado

con profusion, y que hay ocasiones en que, al contemplar tanto bello rostro, tan hermosos brazos, gargantas tan seductoras, espaldas tan redondas, acariciadas suavemente por el tendido cabello, júzgase uno trasportado al paraíso que soñó el profeta sensual.

—Eso no te lo niego; el sitio es delicioso, y entre las niñas que lo frecuentan las hay lindísimas.

III.

En los Eliseos.

—No me lo niegues; la Clemenceau te ha dirigido una mirada de inteligencia.

—Pero niña, por Dios, si no la conozco.

—Sí, no la conoces; pues bien te reias cuando cantaba.

—¿Pues no te reias tú también?

—Que me ria yo es distinto; pero tú...

—Calla, que nos está mirando aquel militar del bigote.

—Ya sé yo que nos mira; hace tiempo que lo he notado; pero á tí no te importan esas cosas, ¿verdad?

—¿Pues qué te ha dicho... te ha?...

—No quiero decirte nada: ¿qué es eso?

—Los siete pecados capitales.

—¡Ah! es verdad; allí veo la soberbia; esa que está arriba con el casco: la avaricia será aquella otra que se parece á tu amiga Carmen.

—Calla, mujer.

—Pero, dime, ¿por qué miras tanto á la lujuria? Vamos, vámonos de aquí; esto no puede sufrirse.

—Pero vamos á llamar la atencion.

—A quien voy yo á llamar es al militar de los bigotes, porque está visto que contigo...

—Vamos á donde quieras, mujer.

—Vamos; toma la silla, que luego no vamos á encontrarla, y vamos á coger sitio para ver á los Onzalos.

—Aun tenemos tiempo.

—No importa, vamos.

—¿Estás bien aquí?

—Sí, desde aquí lo vemos bien; ¿pero á quién miras? ¿Quiénes son esas dos mujeres tan raras?

—Son las que han hecho los cuadros vivos, que vuelven á cambiarse el traje.

—Está de Dios que no me han de dejar tranquila; ¡ay, Dios mío, qué mujeres, qué modo de perseguir á los hombres! (Ap.) Ay, ya está aquí el militar; temia que se hubiera perdido.

IV.

En la Iberia.

—Vamos á ver; ¿las últimas?

—Nada; ¿y Vd.?

—Ménos.

—Pues la Bolsa ha bajado.

—Sí, ocurre algo grave; pero ya se ve, Olózaga es tan afrancesado, que nada quiere decirnos contra el imperio.

—Aquello anda malo.

—¿Ha visto Vd. lo que dice hoy el periódico?...

—Hombre, no habia hecho aprecio.

—Que es preciso que... (Hablan bajo).

—Oiga Vd.

—¿Qué hay?

—¿Ya va Vd. de retirada?

—No; voy por aquí á ver si los cimbríos me dicen algo.

—No saben nada.

—Pues se espera un parte.

—¿Se reúnen las Córtes?

—No.

—Sí.

—Tienen Vds. razon los dos: hoy se ha resuelto que no; mañana se resolverá que sí, y otro día, ¿qué se yo?

—¿Viene Vd. del ministerio?

—Sí.

—¿Y qué se decia?

—No sé habian recibido telégramas.

—Entonces, créame Vd., Paris está ardiendo.

V.

En la calle.

Un vendedor:

—El extraordinario á *La Correspondencia universal* con la adiccion del rey Guillermo y la muerte de Napoleon.

(Amen.)



—¡Mujer! arregla tu casa y tus negocios; mira que soy viejo y puedo faltar, y entonces ya no hay remedio.
—¿Y á mí, qué?

VAN Y VIENEN.

Y en efecto, no hay partido político en España que no tenga algo bueno para frustrar los planes del que intente predominar sobre los otros; pero no hay ninguno que si se atreve á decir: voy, no pague puesta, si no lleva codillo.

Así todo se nos vuelve barajar y repartir naipes, y el que mejor juego tiene, despues de pensarlo mucho, mira al platillo, y dice: paso.

Entre tanto, reparen Vds. cómo se evidencia que en todo van y vienen los triunfos.

La amnistía iba á venir; se fué; se recibieron noticias de que ya andaba lejos; la prensa oficiosa anunció que volvía á acercarse; no se la ha vuelto á oler desde entonces, y á estas fechas nos aseguran que llegará de improviso el día que no se chiste sobre ella, de modo que los futuros agraciados sepan de positivo que deben atribuir su dicha exclusivamente á la espontaneidad del jefe del gabinete, y no á las gestiones de los diputados de oposición.

Los candidatos... no hay para qué decirlo: van y vienen sin llegar nunca.

Asoma uno; se le victorea hoy con entusiasmo; se le niegan la mitad de las simpatías al cabo de veinticuatro horas, y al fin, ó él nos dice, como D. Fernando de Portugal, que le hagamos el obsequio de dejarle para siempre en paz, ó tenemos que decirle nosotros, como á D. Leopoldo de Hohenzollern, que se sirva renunciar el espinoso cargo.

De cuando en cuando se presenta el punto de abrir las Cortes. Cunde la voz por todas partes: la cosa parece urgente, indispensable; lleva consigo todos los caracteres de la inminencia.

Se cita á la comision; se reúne la comision; en to-

das las provincias se dice aquello de: se van á abrir las Cortes de un momento á otro.

Los periódicos más visores no se atreven á afirmar rotundamente que las Cortes no se reunan.

Hay diputado, y no de los más inexpertos, que suspende su viaje, renuncia á los baños, y se jacta de no haber salido de Madrid porque adivinaba la próxima reapertura...

Y la comision opina que las Cortes no deben reunirse, y ¡cosa rara! no se reunen.

¿Pues y la interinidad? Va y viene como todas las cosas.

En ciertos momentos la prensa ministerial llega á calificar de antipatrio á todo el que, como yo, ha sido tan ardiente campeón de la interinidad.

La prensa ministerial ha admitido manojos diarios de argumentos en pro de la inmediata constitucion del país. La exigía la urgencia de quitar toda esperanza á los alfonsinos; la exigía la necesidad de tranquilizar con instituciones sólidas á los que representan los intereses permanentes de la sociedad; la reclamaba la conveniencia de poner freno á las locas esperanzas de la demagogia; la hacia cada vez más necesaria la constante agitacion producida por los carlistas...

De pronto cambia el viento: los que nunca habíamos recelado de la interinidad, empezamos á mirar de reojo á los beligerantes y á recelar que si uno de ellos alcanza un triunfo definitivo, trate de imponérsenos, y los ministeriales comienzan al mismo tiempo á ensalzar todas las ventajas de la interinidad, que nosotros alabamos y ellos combatian cuando nadie podia amenazarlos.

Y no digo nada de las atribuciones al Regente.

No sé quién habrá sido; pero no ha faltado quien á cada triquitraque ha sacado á luz la ya de por sí luminosa idea de las atribuciones.

Diez y seis millones de españoles ménos uno se han acostado cien veces con la ilusion de que al despertar vivirán bajo una regencia provista de las atribuciones consabidas...

Pero tambien las atribuciones van y vienen. Son cosas de España. ¿Qué hay que hacerle?

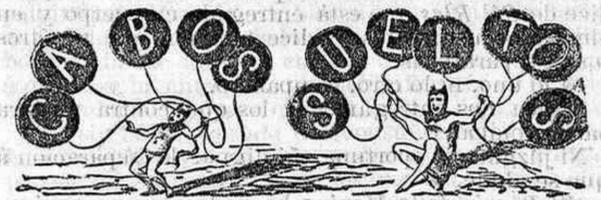
Una vez y dos y tres y cuatro hemos estado al parecer á punto de empapelar la frágil interinidad con atribuciones que le diesen una apariencia de sólida robustez; pero ha pasado con ellas lo que con los candidatos al trono, con la amnistía, con las opiniones sobre la interinidad y con todo.

¿Con todo?
No: digamos toda la verdad: con todo no.

Todas las cosas van y vienen; se acercan, se alejan, vuelven; pero ¡ay! no sucede así con el dinero.

El dinero va, va, va, y se va; pero ese es un descastado: no viene.

Roberto Robert.



Cuarenta y cinco millones de francos diarios dicen que está costando la presente guerra entre Francia y Prusia.

Me desazona el pensar en la mala cerveza que tendrán que beber unos y otros durante largo tiempo.

Porque no hay escape: el contribuyente directo tendrá que recargar á sus explotados con el exceso de gasto que la gloria de su amo le acarree.



La derrota de Wissemburgo se supo en Londres diez y seis horas antes que en París.

Como se ve, el gobierno del emperador tiene excelentes condiciones.

Es muy caro.

Es funesto para el país.

Y tiene en poco al pueblo que por él sacrifica su sangre y su hacienda.

Tales son siempre las condiciones de los monarcas. El señor dice al país: En nombre del honor nacional (léase orgullo real o imperial soberbia), dame tus hijos, dame tus bienes, entrégame tus casas, mata tus industrias; ¿lo hiciste ya? Pues has cumplido tu deber de vasallo: nada te debo, ni aun gratitud. Lo que va a suceder no te importa; de ello te diré lo que me parezca conveniente, y callaré lo demás. Da a tus hijos por muertos, porque pocos han de volver. Para ellos la muerte en el campo de batalla; para mí los laureles si derrotan al enemigo.

Lástima grande que no tengamos ya entre nosotros un monarca.

¡Ay! Si lo tuviéramos no nos estaríamos así mano sobre mano, y ya hubiéramos tomado parte activa en la lucha.

¡Nombrémosle pronto, hombre, vamos a nombrarle pronto!

Decíase en estos días—ignoramos con que fundamento,—que D. Salustiano Olózaga, conmovido con los desastres del imperio y exaltado por su amor al César, había teleografiado a nuestro gobierno remitiendo su dimisión.

Sus amigos íntimos le suponían la intención de incorporarse como voluntario al ejército francés.

Ignoramos si habrá realizado sus propósitos.

Sus aficiones especiales parece que le impulsaban a engancharse como zuavo.

Baraguay de Hilliers está tan seguro del excelente espíritu de la población de París y del patriotismo del pueblo, que ha determinado... prohibir los grupos.

Es una muestra de confianza como otra cualquiera. Cada uno manifiesta a su modo los sentimientos.

De amantes sabemos todos que no pueden pasar un día sin reñir.

Aunque el pueblo de París pide armas, todavía no se las han dado.

Esto es efecto de la confianza misma.

En Cervera (Cataluña) se promovió hace pocos días un tumulto con motivo del cobro de la contribución personal.

El tumulto se apaciguó merced a los esfuerzos de los federales.

¡Duro en ellos, que hasta roban a la pobre España sus tradiciones tumultuarias!

La lluvia y granizo que Dios descargó sobre Vich, cediendo a sus rogativas, ha caído también en otros nueve pueblos de Cataluña que no la habían pedido.

Esto debe ser aquello de que Dios da ciento por uno.

Ahora salimos con que el P. Claret está bueno y sano en un convento de Cataluña.

¡Malhan los embusteros que le suponían enfermo y aun difunto.

Figúrense Vds. cuántas preces se han malbaratado con este motivo.

El Diario de la Marina, periódico de la Habana, dice de Gil Blas que está entregado en cuerpo y en alma a los insurrectos, y dice también que nosotros somos separatistas.

Ni lo uno, ni lo otro, compañero.

Nunca nos entregamos a los que contra nuestra patria combaten.

Ni juzgamos oportuna, ni digna, la separación a que se alude.

El Diario de la Marina ha padecido una equivocación, si ya no es que voluntariamente ha dicho lo no es verdad.

¿Lo quería Vd. más claro?

En París hubo el día 6 manifestaciones contra el ministerio.

¿Nada más?

Afirman los periódicos franceses que Bismark excita a Garibaldi para que vaya a Roma.

Creo yo que ni Garibaldi necesita tales excitaciones ni está Bismark para pensar en el infalible.

Ya se vé, como se ha empeñado en no hacer ni un milagrito de esos de munición, el Papa anda ya muy desconceptuado.

El día 6 fué de fiesta para los habitantes de París. Habíase hecho circular la noticia de una victoria completa.

Se habían hecho 25.000 prisioneros a los prusianos. El entusiasmo crecía.

Las calles se llenaban de grupos ebrios de regocijo. Adornábanse con banderas los balcones.

Y hasta los fondos públicos subían.

La noticia era... falsa.

Por lo visto, los propaladores de falsas nuevas tienen allí más acierto que entre nosotros.

¡Cuánto va que resulta ahora que los franceses son más inocentes que nosotros!

Anunciaba un periódico hace algunos días que los velocipedos desempeñarían un importante papel en el ejército francés.

Pues es verdad.

Sobre si la heroína de una novela se arrimó o dejó de arrimarse a un su adorador, me permiti una ligerísima é inofensiva broma.

El editor de Las buenas novelas, notable periódico gaditano, ha encontrado sin duda de mal gusto la chanza, y me ha escrito una epístola atenta y llena de irónica finura: como que hasta me pide consejos para emplear bien los verbos en lo sucesivo.

Amigo y compañero, la cosa no es para tanto.

Ni Vd. necesita mi consejo, ni tuve yo nunca pretension de maestro.

Por lo demás, insisto en que la chica hizo perfectamente en arrimarse; porque al fin y al cabo, es la que se dice, ¿a qué está una?

Parece que Napoleon va a resultar profeta.

Al despedirse para el campamento dijo a sus ministros que volveria pronto.

Y, en efecto, lleva trazas de regresar en breve.

¿Quién se lo habria dicho?

Se aseguraba ayer que los prusianos habian anegado las minas de Saarbruck.

Si es esto exacto, ¡pobre industria francesa!

Segundo apunte para la historia de la guerra.

Ahora meditemos sobre las ventajas innegables de la monarquía.

La embajada china se divierte.

Y hay quien se divierte con ella!

Ni los embajadores, ni los que se entretienen en verlos han de tener asuntos serios en que pensar.

Curiosos serán los estudios que en el jardín del Retiro y en la Plaza de Toros hayan hecho los enviados del Celeste Imperio.

Un periódico francés dice que los prusianos convierten cada derrota en victoria.

No desearia otra cosa el diario francés.

Y luego decimos en España de nuestro andaluces.

En un parte oficial fechado en Metz observo que el corresponsal se felicita porque los prusianos no han perseguido vivamente a Mac-Mahon.

En el mismo telegrama añade: «desde ayer no nos persiguen.»

Dan ganas de decir: «Ea, respiren Vds. y descansen, qué diablo.»

Cuando los prusianos se apoderaron de un cañon por la funesta casualidad de haber muerto los caballos que lo arrastraban, se felicitaba un diario francés en grandes exclamaciones porque no habia sido una ametralladora, y decia que Francia entera habia respirado al saber que no era ametralladora, sino un simple cañon el que habian cegido los enemigos.

Resulta ahora que en otra batalla se han apoderado, no de una, de varias ametralladoras.

Con que el diario habrá vuelto a quedar sin respiracion.

Se ha consultado a la Academia de Paris si seria más conveniente quemar los cadáveres despues de la batalla que enterrarlos.

Lo más conveniente seria no dar batallas.

Cosa que, mirada bajo cualquier punto de vista, es una estupidez, digna de épocas de barbarie.

Censúrase ahora el aislamiento en que se dejó al general Douai en el ataque de Wissemburgo.

Está visto, los generales del imperio no lo entienden.

Cosas de El Cascabel.

Dos años casi ha necesitado para averiguar que los unionistas hicieron la revolucion.

Como gracia confieso que esto es de lo mejor que yo he oido.

Antes se vivia al día.

Ahora se vive al minuto.

Lo que ahora se escribe, es viejo media hora despues.

Lector, ¡oh lector! compadece al que escribe; yo, en cambio, tomaré sobre mí el trabajo de compadecer a los que leen.

Corren rumores de que nuestro gobierno está ya resuelto a hacer algo.

¿Será posible?

Hace siete días que se anuncia que cuando menos se espere se publicará el decreto de amnistía.

Para broma, basta.

Publiquenla Vds. cuando quieran; pero no cansen Vds. más con esas tonterías.

La guardia movilizada que se instruye en Chalons está muy vigilada.

Parece que no hay confianza en la cuadrilla.

En un despacho del campamento francés leo: «La noche se ha pasado con tranquilidad.»

Lo mismo se dice de los enfermos de peligro.

Envidioso yo al leer en varios periódicos interminables coros de plácemes y de enhorabuenas al señor director de Comunicaciones yo no sé por qué mejoras que dicen que ha introducido o piensa introducir en el servicio, tomo parte en el concierto y digo:

«Un suscriptor, apreciable como todos los suscriptores, me da una curiosa noticia: echa Vd. en Santander—pongo por ejemplo—una carta dirigida al Escorial. Pues bien, al día siguiente a las seis de la mañana esa carta de Vd. pasa por el Escorial, pasa, nada más; no se queda, y continúa su viaje hasta Madrid; una vez en esta villa, se remite de nuevo al Escorial, y veinticuatro horas despues ya suele recibirla aquel para quien se escribió.»

Conviene advertir que esto que sucede con la correspondencia de Santander sucede también con la de Bilbao.

Dícese que la cosa consiste en que los empleados de la administracion de partida incluyen todas las cartas en el paquete general de Madrid.

Eso, bien lo conozco, es más cómodo y menos difícil para... los empleados.

PASATIEMPO.

CHARADA.

Mi segunda con primera fastidia a los marineros, si con presteza no evitan las iras del Dios del viento, entrando en segunda y terciá ó al abrigo de algun puerto. El todo de esta charada termino en este momento, para que puedas ufano dar pruebas de claro ingenio.

La solucion en el número próximo.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.

